

PRECIOS DE SUSCRICIÓN

MADRID

Pesetas.

Mes. 1
Trimestre. 2,50
Semestre. 5
Año. 10

PROVINCIAS

Tres meses. 3
Seis. 5,50
Año. 10
Extranjero y Ultramar. 5 pesos

CORRESPONSALES

25 números de El Motín. 2,50
Idem del Suplemento. . . 0,75

NÚMERO DE EL MOTÍN

15 céntimos.



ADMINISTRACIÓN

Fuencarral, 119, principal.

Las suscripciones empiezan en 1.º de mes, y no se servirán al al por no acompañar su importe.
Los libreros y comisionados recibirán por las suscripciones que hagan el 10 por 100.
La correspondencia al Administrador del periódico.

Centro de suscripción.

En Madrid, librería de D. Fernando Fe, Carrera de San Jerónimo, núm. 2, y de D. Antonio San Martín, Puerta del Sol, 6.
En la Habana, D. José Pozo, calle del Obispo, 32.

NÚMERO DEL SUPLEMENTO

5 céntimos.

PERIÓDICO SATÍRICO SEMANAL

A LA UNIÓN

Como el Pedro Crespo de *El Alcalde de Zalamea*, hace algún tiempo

... que hemos tomado
por política discreta
jurar con aquel que jura,
rezar con aquel que reza.

Y en tal sentido, y puesto que tú nos tratas con relativa cortesía, con la misma vamos a contestar á tu artículo *La guerra al matrimonio*, en que atacas sin nombrarlo al libro *Moral Jesuítica*.

En él cometes una porción de inexactitudes, entre ellas la de que en *El Motín* escribe un cura, cuando muchas veces te hemos dicho que, como el personaje de cierta comedia creía que un negro era una porquería en una cocina, nosotros opinamos lo mismo de un cura en una redacción... y en otras partes.

Pero prescindiremos de lo que has dicho, para hablar de lo que has callado.

Has callado que la obra está escrita por el eminente teólogo de la Compañía de Jesús, Tomás Sánchez (el Cordobés); que es inmoral en grado sumo, más que por su estilo, por su tendencia; y que horroriza pensar en los trastornos que habrán introducido en las familias católicas, los confesores que se hayan ajustado á ella para regular las conciencias.

También has callado que se publicó con todas las licencias y aprobaciones necesarias; que los jesuitas han venido teniéndola y la tienen aún por obra de consulta para resolver las altas cuestiones de lujuria en el confesonario; y que da asco abrirla por cualquiera de sus páginas.

El que estuviese escrita en latín para que sólo anduviera en manos de *personas de determinadas condiciones*, es argumento inocente bajo un punto de vista, porque todas las obras de la Iglesia se escribían por aquel entonces en aquella lengua; y es contraproducente bajo otro, porque sólo prueba que tiraban la piedra de la inmoralidad y escondían la mano.

Lo que tú, *Unión*, debes probar, es que la obra no es de ese jesuita; ó declarar que ese jesuita fué un libertino inmundo que la escribió para que sirviera de texto en los burdeles, y no para enseñanza y guía de sus cofrades; ó de lo contrario, que no contiene nada ofensivo para la moral y las buenas costumbres. Todo lo que esto no sea, es divagar y tontear.

En lo que estamos perfectamente de acuerdo contigo, es en lo que afirmas de que esa obra tiende á la disolución del matrimonio cristiano; pues precisamente para hacer ver eso, la hemos publicado.

Sí; tiende á la disolución del matrimonio cristiano, pero es por el libertinaje, por la corrupción, por los horrores á que pueden dar lugar sus enseñanzas, por los refinamientos de lu-

juria jamás soñados por la joven pura y la esposa honrada.

Sí; tiende á la disolución del matrimonio cristiano, por los celos y desconfianzas que puede despertar en los cónyuges el confesor que con arreglo á ella pregunte para inquirir pensamientos y actos, y por los distingos que establece para disculpar algunos.

Sí; tiende á la disolución del matrimonio cristiano, porque deja el lecho conyugal al descubierto, haciendo trizas el velo del pudor, pisoteando el recato, y profanando todo cuanto debe permanecer en el misterio de la vida íntima.

Sí; tiende á disolver el matrimonio cristiano, por lo que excita y espolea los sentidos; y porque, lo que no se atrevería á proponer borracho á su mujer el voluptuoso más corrompido, lo explica y lo analiza el confesor, á pretexto de profundizar en las raíces del pecado.

Da miedo pensar en las ideas que se alzarán en el cerebro de la joven inocente y la esposa digna, al levantarse del confesonario donde un jesuita celoso y severo la haya interrogado con arreglo á esa obra infame. ¡Qué monstruosos deleites jamás presentidos! ¡Qué de liviandades nunca imaginadas! ¡Qué de inmundicias! ¡Qué de asquerosidades! Y como remate lógico de todo esto, ¡qué de sospechas y qué de dudas! ¡Qué frialdad unas veces, y qué delirios otras! ¡Y cuánta separación en los espíritus, y cuánto lodo en los cuerpos!

Desengáñate, *Unión*. Hay cosas que no pueden defenderse, y ésta es una de ellas. El lenguaje tuyo y el de los periódicos de tu secta contra la libertad, la masonería, el libre-pensamiento y la República, engendra ideas de represalias que se desarrollan y sintetizan, como y cuando se puede.

La necesidad de defender lo que amamos, nos ha obligado á arrojaros al rostro esa obra abominable. El golpe ha sido contundente, y os ha llegado al alma: estamos satisfechos, porque de eso tratábamos. Resignaos, pues, con esa desgracia; y si tenéis algo parecido que echarnos en cara, hacedlo, pues harto se nos alcanza que la lucha emprendida es sin cuartel.

¡Sus! ¡y caiga el que caiga! Esta es nuestra divisa. Si también es la tuya, *Unión*, aprieta de firme, que aquí te esperamos.

X Ó LOS MÉDICOS Ó LOS SANTOS

Ó herrar ó quitar el banco.
(Refrán popular.)

Hay que decidirse, discretas lectoras, hay que decidirse.

O los santos curan, en cuyo caso es un verdadero despilfarro acudir á los médicos, ó, por el contrario, éstos son los que sanan, en cuyo caso es una verdadera majadería importunar á los santos.

Entre unos y otros es necesario elegir; por unos ó por otros hay que decidirse.

Ó al vado ó á la puente, como dice un adagio. Ó herrar ó quitar el banco, como reza el refrán.

O curan las drogas ó las oraciones. Si las unas, ¿para qué las otras?

Tomarse un citrato de magnesia ó una onza de sal de higuera y encomendarse á *San Serapio*, abogado contra los dolores de vientre, es como encender una vela á Dios, representado por el Santo, y otra al Diablo, representante de la pícara Química.

Hay que elegir entre los que pudiéramos llamar *los médicos de tejas arriba y los médicos de tejas abajo*. De no hacerlo así, resulta una impiedad para los santos y una injusticia para los médicos. ¿Con qué gusto podrá ver el célebre dentista Cortés que antes de ir á consultarle os encomendéis á *Santa Polonia ó á San Magín*, abogados contra los dolores de muelas y de dientes? ¿Con qué cara os encomendaréis á éstos que, como santos, penetran vuestras intenciones, cuando os vean acudir, después de rezarles muy devotamente, en casa del reputado dentista? Es ésa, por ventura, la fe que tenéis en la eficacia de sus curaciones?

¿Os decidís por los santos? Sea enhorabuena; nadie os lo censurará. En el Cielo, como en la Tierra, tenéis médicos para todo. En el Cielo, como en la Tierra, hay, no sólo médicos generales, sino médicos especialistas. ¿De qué padecéis? ¿De la cabeza? ¿Pues á fe que hay pocos santos entendidos en este género de dolencias! De esos males podrán curaros, entre otros, *San José, San Juan Bautista, San Medardo, San Vicente Ferrer, Santa Brígida y Santa Catalina de Sena*.

¿Padecéis del estómago? Vuestra glotonería ¿os ha llevado á enfermar de esa importante entraña? Pues no os importe, que *San Bernardo Abad, San Cirilo y San Gregorio el Magno* os pondrán en estado de volveros á comer un pavo de una sentada, con el mismo apetito con que os lo comáis antes.

¿Os dáis un nuevo atracón, creyendoos ya buenos, y os sobreviene un cólico? Pues *San Franco de Sena y Santa Rolenda* se encargarán de dejaros el estómago limpio como cañón de órgano. ¿Degenere ese cólico en cólera, por una nueva imprudencia y temeridad? Pues *San Luis Beltrán* se encargará de no dejar con vida ni á uno solo de esos animalillos á que los médicos á lo Pasteur han dado en llamar *bacillus coma*.

Pero ya lo sé, discretas lectoras; ya entiendo vuestra maliciosa sonrisa: queréis significarme con ella que os tienen sin cuidado las enfermedades que se adquieren abusando del pico, pues más están los tiempos para penitencia y ayuno que para regalo. Tenéis razón; pero ¿podréis creeros también exentas siempre de tener que acudir á *San Fiacro*, y á *San Luis*, y á *Santo Domingo de Silos*, *San Ignacio* y *Santa Lutgarda*, peritos aquéllos en el arte de curar toda clase de hemorragias, y prácticos en partos estos últimos, hasta el extremo de que sólo *Santa Balsania* y *San Ramón Nonnato* pudieran hacerles la competencia?

Claro que de este último mal no he de creer yo temerosas á las devotas célibes; pero ¿no podrán éstas padecer, como gente ayunadora y penitente, de escrófulas ó panadizos, y necesitar, por tanto, de *San Severo Justiniano* y *San Félix de Cantabria*, especialistas de estas enfermedades? Bien sé que, no criando, no necesitarán de los buenos oficios de *San*

Mamed ni de los de Santa Aldegunda y Santa Agueda, que tan primorosamente curan los zaratanes, postemas, grietas y afecciones análogas; pero ¿dejarán por eso de verse expuestas, como cualquier mortal, á necesitar alguna vez de San Babilas, abogado contra las quemaduras, ó á que les pique un bicho venenoso ó les muerda un perro, obligándoles á recurrir á San Jorge y á Santa Quiteria, abogados contra estos males?

¡Ojalá que nunca necesitéis de San Ciriaco para vuestros oídos, ni de Santa Lucía para vuestros hermosos ojos! ¡Ojalá que nunca necesitéis, no ya de Santa Bibiana y de los Santos Reyes, abogados contra los ataques epilépticos, las alferencias, perlesía y el mal de corazón, pero ni aun siquiera del modesto San Gregorio, cuya especialidad consiste en curar los sabañones; de San Pantaleón, á cuya terapéutica no ha habido jamás hemorroides que resistan; ni, por último, del modestísimo San Poncio, abogado especial contra las incomodidades de las chinches y otros bichos domésticos!

¡Ojalá que nunca necesitéis de los santos para curaros; pero, si en ellos tenéis fe, no os apuréis jamás por enfermedad de más ó de menos! San Anastasio podrá libraros de toda clase de dolencias, y San Andrés Corsino de las incurables, cosa que no extrañará ni parecerá exageración á los que crean que hay también en el Cielo una Santa Rita de Casia, abogada de los imposibles.

¿Curan los santos? Pues si así lo creéis, no desperdiciéis la ocasión. Los santos, como médicos, tienen multitud de ventajas sobre los médicos de tejas abajo. No cobran honorarios directamente; no tienen señalados días ni horas de consulta; visibles siempre para todos, no hacen á nadie guardar antesala, y, sobre todo, no obligan á gastar dinero en menajes ni meringotes.

El agua de Lourdes, mina que explotan nuestros vecinos de allende el Pirineo, que nos venden, como dice Larousse, la religión embotellada, produce probablemente los mismos efectos que la carabina de Ambrosio; pero si vosotras creéis que tiene verdadera eficacia medicinal, y que ésta depende de la milagrosa Virgen francesa, encomendaos á ella y quedaréis curados como si la bebiérais. ¿Qué mucho que la fe devuelva la vista á los ciegos, ó haga andar á los tullidos y hablar á los mudos, si ella, realmente para los que creen, es la que mata ó sana! Lo dicho, lectoras: médicos que no cobran, molestan ni obligan á gastos, son una verdadera ganga que no debe desperdiciarse en los difíciles y calamitosos tiempos que alcanzamos.

¿Pero no curan los santos? ¿Dudáis de los Galeos ó Hipócrates celestiales? ¿Creéis que no hay San Sécuro posible contra una parálisis, que todos los San Roque del Cielo no bastan para librarnos de la peste? ¿Creéis que no hay San Luis que pueda hacer oír al que está sordo como una tapia? ¿Que nada puede San Liborio contra el mal de orina, Santa Dorotea contra el reuma, San Leandro contra la apoplejía, San Raimundo contra los vértigos, y San Quirino contra los dolores de piernas? Pues entonces llamad á los médicos terrenales, y confíadlos á su pericia, que, si no hace milagros, produce al menos, en multitud de casos, resultados excelentes. Ellos tienen al menos la quinina, que, cuando es buena, corta la fiebre; el opio, que calma el dolor; el cloroformo, que lo suprime; el bromuro de potasio, que aplaca la sobreexcitación nerviosa; y el hierro y la digital, para combatir la anemia y las afecciones de corazón. De estos medicamentos, que, empleados con inteligencia y oportunidad, producen en la mayoría de los casos resultados favorables á la salud, no os diré que sean santos, pero sí que la quinina sola ha sanado más enfermos que Santo Domingo de Guzmán, San Felipe de Neri, San Juan Cancio, Santa Lidurina, San Onofre, San Pedro Alcántara, Santa Petronila y cuantos especialistas en fiebres juntos ha logrado reunir la Corte Celestial.

Si os confiáis á los médicos, guardadles el respeto y la consideración á que son acreedores. No tengáis un santo para atribuirle la curación y un médico para achacarle la muerte. No cometáis esa inconsecuencia, resultado de dos escepticismos, de dos debilidades, de dos ignorancias. No favorezcáis de ese modo, inadvertidamente quizás, la hipocrésia de los, por fortuna pocos, que dentro de la misma nobilísima profesión de la Medicina explotan la credulidad de las gentes y aumentan su parroquia, atribuyendo á los santos lo que saben que es obra de la Ciencia, y á imperfecciones de ésta ó castigo del Cielo (*propter peccatis* que decían los monjes del siglo xiii), lo que saben que es un producto inevitable de la inexorabilidad con que siempre se cumplen las leyes de la Naturaleza.

No hagáis de vuestro Dios un San Andrés Corsino, entretenido en alterar á su antojo las leyes uni-

versales para complacer á sus devotos. Tratándose de una cosa tan seria como la salud, no imitéis, por una devoción mal entendida á los santos de una Iglesia que excomulgó al médico Miguel Servet por descubrir la circulación de la sangre, la conducta de la coquetuela aquella que, para enaltecer su travesura, cantaba:

La mujer que quiere á dos,
no es tonta, que es advertida:
si una vela se le apaga,
otra le queda encendida.

No hagáis recordar á los incrédulos, que ya van siendo muchos, la devoción genuinamente española de aquel pescador que cantaba:

Virgen, si sacó este pez,
de aceite ofrezco un cuartillo;
pero ya que lo saqué...
Virgen santa, pa freíllo.

No desprestigiéis de este modo, puesto que nadie ignora que hay muchos enfermos que se mueren, á los santos en que decís creer, y á los médicos á quienes estáis recurriendo todos los días. O por unos ó por otros hay que decidirse.

Entre los santos, ó, mejor dicho, entre las santas, apreciables lectoras, sólo encuentro una, una tan sólo, que me atrevería á recomendaros; una que no ha sido canonizada nunca, al menos que yo sepa, y una que, si no cura, evita las enfermedades: Santa Higiene. De esta santa os hablaré otro día, si es tal vuestra debilidad de carácter y flaqueza de ánimo que no os atrevéis á pasar de la superstición á la Ciencia sin un puente de santidad que os dé verdadera fe en la Medicina y en los que la ejercen, verdaderos mártires como vuestros santos, pues tienen que luchar con nuestra ignorancia y preocupaciones, y no recibir muchas veces, como recompensa de sus afanes, más que nuestra injusticia y nuestra ingratitud.

A. MACHADO Y ALVAREZ.

MANOJO DE FLORES MÍSTICAS

Se pasaban tan divinamente la mayor parte de los habitantes de Las Palmas sin necesidad de clérigos ni cruces en los entierros, que apenas acudía uno á pedir los chirimbolos místico-funerarios.

En vista de que hasta se iba á perder el recuerdo de tal costumbre, los curas han resuelto trabajar gratis (por ahora), y al efecto, el párroco respectivo acompaña el cadáver con cruz y monaguillo hasta el límite de su jurisdicción, donde se incauta de él el vecino, y así se van ensandando el muerto unos á otros, hasta fuera del radio de la población.

Sin embargo, cuando hay alguna familia que paga por el entierro la miseria de cuarenta ó cincuenta duros, lo acompañan todo el camino con escudos, cruz, cantaores y cirios (allí los entierros se hacen á las primeras horas de la noche).

Como el cementerio está profanado por haberse hecho allí inhumaciones civiles, el acompañamiento clerical se despiden quinientos metros de distancia á la chita callando, y la familia y los sepultureros conducen el ataúd á la sepultura.

¿Qué lástima que por eso de la profanación pierdan los difuntos los últimos responsos!

—¿Qué les habéis hecho á los curas que no vienen por aquí? —preguntó un antiguo muerto á otro recién llegado.

A lo que respondió éste:

—Terquedades de ellos. ¡Son tan bárbaros en su mayoría!

Tonterías que un cura de Tudela de Duero ha dicho desde el púlpito, describiendo la casa de Lucifer:

«Cuando Federico III entró en el Infierno, salió á recibirle una logia ó comisión de diablos, los cuales le presentaron á Lucifer, que por lo visto tenía algunos antecedentes de su persona.

«Como ustedes sabrán, y si no lo saben lo digo yo y basta, en el Infierno se sufre el castigo en la parte del cuerpo que cometió el pecado: si se pecó con la vista, á los ojos se castiga; si con los oídos, á los oídos; si con... pues.

«El cansancio del camino hizo que Federico llegara sediento, y al pedir de beber, los diablos le obsequiaron con plomo derretido. Lucifer, que estaba de buen humor, mandó al recién llegado que cantase, y éste se arrancó así:

«—¡Maldita sea mi madre!

«Coro de diablos. —¡Bravo! ¡bravísimo! ¡Buen principio!

«—¡Maldita sea la leche que mamé!

«—¡Magnífico! ¡Sublime!

«—¡Maldita sea la que mamasteis vosotros, que no debía ser leche, si no betún!

«—¡Chist! ¡que desafinas!

«—Eso no vale —añadieron varios demonios; y para que se templase, le dieron otro traguito de la manzanilla de marras, martirizándole horriblemente».

Se necesita ser muy estúpido, ó creer que sus oyentes lo son, para venir en éstos tiempos con cuentos así, que serían muy divertidos si no los repitieran tanto, ó los contasen con buena sombra.

Varios vecinos de Santa María de Pino (Lugo) han dirigido una exposición al obispo en queja contra su párroco, D. Manuel Sal, á quien acusan de lo siguiente:

De intervenir en los asuntos del Juzgado, no para conciliar á los litigantes, sino para enardecerlos, poniéndose á favor de unos con perjuicio de otros.

De haber exigido á un vecino mil doscientos reales (que efectivamente le entregó), so pretexto de que había que gratificar al juez y al secretario para cortar un asunto pendiente.

De que, por negarse á enterrar el cadáver de una hija del mismo vecino, estuvo insepulto cinco días, viéndose obligado el padre á llevarlo por sí mismo al cementerio.

De que negó durante tres años los Sacramentos á una señora y su familia, sólo porque aquella había litigado contra un paniaguado suyo, á quien condenaron el Juzgado y la Audiencia.

Y de que, habiendo tenido dos amas en diversas épocas, las cuales viven con sus hijos en el pueblo, están en continua lucha por si el cura viste y protege más á los de una que á los de otra, dándose el escandaloso caso de que se pegaran por celos en la misma iglesia cuando estaba llena de fieles.

¿Qué les parece á ustedes el presbítero Sal? Tal vez lo que á mí; que tiene mucha ídem, y que el obispo está en el deber de romperle el salero, si lo que dicen sus feligreses contra él resultare cierto.

Por el salero que tiene el diálogo siguiente, mantenido en la plaza de San Francisco de Cádiz entre una gitana y un padre de almas, voy á reproducirlo tal y como un amigo lo escuchó.

Gitana. — ¡Olé, por las presonas de gusto y de buen garlochí! ¿Quiere su mercé comprarme unos calcetines?

Padre. — No, hija; gastó medias.

Gitana. — Pues deme una limosnita, Padre.

Padre. — No doy limosnas á quien no va á la iglesia.

Gitana. — Pero... venga su mercé acá. ¿Cómo quiere que yo vaya á una casa adonde se ven cosas tan lastimosas? Un hombre enarabao y mulé en la Cruz, lleno de arate, hacardenalao... Vamos... ¡no soy mujer para ver herejías! ¡Pues no digo nada de la probe Dolorosa! Con aquel garlochí traspasao de penas, que se parece á mí cuando no tengo pan que darle á los chorrés. ¡Yo no sé cómo hay presonas de buenos sentimientos, que vayan á ver eso! Si no fuera por la poquilla música del órgano, no sé qué iba á ser de Cristo y de sus probetillos menistros; nadie iría á la casa de Dios, porque es una plaga de lástimas.

Dada la ignorancia en que están los gitanos de los misterios de nuestra santa religión, hay que reconocer cierta lógica en las anteriores apreciaciones.

Hasta ahora conocían ustedes al Padre Bocos en su calidad de predicador (es un decir) y de carlista furibundo (esto ni que decir tiene).

Ahora ha debutado como postulante y ha elaborado una circular-petitorio invitando á los fieles á que aporten metálibus.

¿Para los pobres? ¿Para los enfermos? No, sino para reemplazar el pavimento de la iglesia, echado á perder por las caballerías místicas que lo pisan.

La circular es de oro, y lo producirá indudablemente, porque aún hay muchos tontos en el mundo.

En el margen dice que un dependiente de la parroquia pasará á domicilio á recoger las circulares repartidas y el dinero con que contribuyan los donantes; mas por si acaso van mal dadas, ha puesto dos líneas de puntos precedidas de las palabras *contribuyo con...* para que los fieles escriban allí lo que dan al recolector, no haga el Demonio que le tiende la codicia, y...

¿Qué poca confianza tiene el Padre en sus dependientes! Se acordará de aquellas avanzadas que las partidas enviaban á cobrar contribuciones, y cuyo regreso están esperando aún y esperarán hasta la consumación de los siglos, y dirá: ¡Escamati!

Vean ustedes por qué registro me sale un periódico burgués parisiense:

«En estos días se ha visto en París una causa célebre instruída contra un abate que, después de haber vivido sesenta y seis años (es la edad que ahora tiene) casi en olor de santidad, ha resultado ser un calavera y algo más, si se tiene en cuenta su edad y su estado.

Lo mismo en la alta sociedad que en la más humilde, gozaba de excelente reputación y había llegado á inspirar gran confianza. No había bolsillo que no se vaciara en el suyo para sostener un colegio de niños pobres que

había fundado, para recogerlos y educarlos en el santo temor de Dios, y acaso también en el de los hombres.

Pero es el caso que no hace mucho tiempo, con gran sorpresa de todo París, apareció ante los tribunales una denuncia contra el abate, que al principio se calificó de infame calumnia. Siguió su curso el proceso; á unas pruebas sucedieron otras, y los llos del abate con sus recogidos salieron á luz plenamente probados. Los tribunales han aplicado el Código al cura sexagenario.

Bueno ¿y qué? ¿Acaso una golondrina hace verano? ¿O es que se quiere que todos los curas sean impecables? ¿No están sujetos á todas las flaquezas y vicios de la humana naturaleza? ¿Pues qué de extraño tiene entonces que haya muchos canallas y miserables entre ellos?

El Señor ampare, ayude y fortalezca al cura párroco de Miera y no le deje caer en manos de sus numerosos enemigos.

Después de haber sufrido los apóstrofes de una joven llamada Felicianita, que en el jardín se descaró con él, y que hasta dicen ¡horror! si le puso ó no le puso sus pecadoras manos en el sagrado rostro, por parecerle muy largas, lo ridiculizan ahora porque dijo esto en un sermón:

«Se hace preciso exterminar por completo á nuestros enemigos, éos que llaman libre-pensadores; no leáis sus periódicos, porque seréis excomulgados.

Desgraciadamente llegan todos los días algunos de esos papelotes á este santo pueblo; pero Dios, que vela sobre sus hijos, no permitirá que se condenen. Si esto sigue, voy á dar parte al prelado.

Tened en cuenta que el Demonio espía sin cesar nuestros actos (los del señor cura y sus feligreses), acechando el momento de echarse encima».

No creo que en esas palabras haya pretexto para poner en ridículo á un sacerdote tan sabio y virtuoso; ni que la bofetada del jardín sea caso tan nuevo entre clérigos, que merezca ser celebrado con zumba y chacota. Por lo tanto, ruego á sus feligreses que lo dejen en paz, si no quieren caer en mi superior desagrado.

El párroco de Santa Cecilia de Tresancoos se contenta con que cada uno de sus feligreses le entregue anualmente diez y seis reales y dos docenas de huevos frescos.

Eso sí, los pide con mucha amabilidad; pero si alguno se hace de pencas, le niega los auxilios espirituales; y si necesita algún documento de la parroquia, no se lo da, y Cristo con todos.

Una discípula feligresa que hace tres años no le suelta un cuarto, sabiendo que no quería confesarla en justo castigo á su tacañería, fuese á verificarlo á la inmediata parroquia de Santa Marina.

Mas le salió mal la cuenta, pues estaba el cura de su pueblo ayudando al de Santa Marina á purificar almas, y así que la vio acercarse al confesonario del compañero, salió del suyo y empezó á increparla duramente en alta voz, diciendo que había ordenado que no se la confesara, como así ocurrió.

Escarmienten en cabeza ajena los feligreses que se niegan á abastecer la despensa de sus párrocos, y no renuncien á su salvación por un par de huevos más ó menos.

El siguiente milagro, tan verídico como todos los que publica una revista *carca* de Zaragoza, ha ocurrido en Fallsburgh, tierra de protestantes:

Un médico que había combatido con éxito los numerosos casos de difteria que se habían presentado, se dejó llevar de la vanidad y dijo que se atrevía á curar todos, absolutamente todos los enfermos diftericos; y aún fué más allá: *desafió á Dios Todopoderoso á producir un caso de dicha enfermedad que él no curase.*

Y se la ganó por bruto, mejor dicho, por irreverente, pues en una semana fueron atacados y liaron el *petate*, primero su hijo mayor, después el segundo, y luego el tercero, y el cuarto, y el quinto, y el sexto, y el séptimo. ¿Qué más? Hasta una hija que tenía casada murió como sus hermanos.

Aprended ¡oh católicos! á respetar al Dios que castiga tarde ó temprano á los que le menosprecian, y si os parece que algunos curas desdichados abusan de él impunemente, no por eso dudéis de su justicia, que ya les ajustará las cuentas en la otra vida. Amén.

Señor cura párroco de las Minas de Fosfato (Cáceres):

En el *Suplemento* al número 17 se le atribuyeron á usted unas cualidades que no tiene, y se le imputaron unos hechos que no había realizado, todo efecto de una equivocación, pues debimos atribuírselas é imputárselos al cura del Salvador de Santa Cruz de Paniagua.

La circunstancia de estar fechada en esas Minas la carta en que se nos daba la noticia, ser la redacción no muy clara y la letra no muy buena, fué cau-

sa del error, en el cual no hubiéramos caído si de ahí no nos hubiesen escrito personas á quien apreciáramos, elogiando en todos sentidos la conducta de usted.

Sírvale esto á usted de satisfacción y á nosotros de disculpa; y entiendan los lectores de El Motín que la noticia aquélla se refería al cura del Salvador de Santa Cruz de Paniagua, y sepan que tenemos en nuestro poder dos papeletas de la rifa del pañuelo, marcadas con los números 317 y 321.

Partidarios de dar á cada cual lo suyo, damos las gracias más encarecidas á los amigos que nos han proporcionado el gusto de hacer esta aclaración.

Un individuo de Figueras hallábase paseando con dos amigos, uno de ellos llamado Juan Costa, socio del *Centro Católico*.

Sin mediar cuestión ni discusión alguna, el último se dirigió al primero diciendo: «A éste le hemos de arrastrar por las calles de Figueras, acusándole de haber pagado á los chiquillos para que apedreasen á los romeros, y de haber tomado parte en la pedrea, y ser la deshonra de su familia».

El aludido levantó el paraguas, sin duda para poner al católico á cubierto de la lluvia; pero éste, agradeciendo el obsequio, puso pies en polvorosa, corriendo más que *Chapa* en Oroquieta.

El asunto está en los tribunales, y es muy fácil que vaya á sofocar sus entusiasmos en la cárcel el animal del creyente.

Tendría que ver que, tras las pedradas que recibió en la romería, le apedrease ahora el juez en nombre de la ley y del sentido común.

Sin perjuicio de recibir cualquier obsequio de alguno de los muchos liberales indignados por su insolente conducta.

En el ex-convento de dominicos de Bergondo (Coruña) está acuartelada la siguiente tropa:

El cura Vicente con su ama, moza algo presumida y bastante aficionada á trapos; el capellán Pepe, también acompañado por una pariente; y un coadjutor de los que doblan, es decir, que tiene ama y criada. Total, cuatro mujeres para asistir á tres hombres, ayudarlos y confortarlos.

Para alimentar á esta patrulla femenina, necesitan los reverendos pegar cada sablazo místico... que me río yo del alfanje de Almanzor.

Cuando llega la Pascua, los tres sotanas se arman de canasto y chirimbolos de bendecir habitaciones y se largan por las casas, echando cada corte de mangas místico de á peseta, ó, en su defecto, de huevos, carne y otras chucherías, que parte los corazones y divide las bolsas.

En tanto, sus esposas místicas esperan impacientes que regresen con los huevos, la carne y demas, armando después cada *juerga* que tiembla la feligresía.

Les digo á ustedes que me entran tentaciones de largarme á Bergondo, y, puesto que hay una hembra impar, colarme en el convento y hacer vida común con aquella gente.

Aires puros, buenas comilonas, mejores mozas, y por remate la gloria santa... ¡Uyuyuy!

La capilla de la Virgen de la Paloma es una mina más productiva que un obispado.

Antes acostumbraban los clérigos á decir á cuantas fieles encargaban una misa:

—Sí, señora; ahora mismo va á salir: este sacerdote que se está revistiendo la dirá.

Y por este sistema, con una sola misa se contentaba á diez ó doce beatas.

Descubrióse el *timo* místico, y ahora cobran las misas anticipadamente, pero sin decir cuándo será posible celebrarlas.

Há pocos días fué una devota á encargar una misa, y porque preguntó que cuándo se la dirían, un presbítero se incomodó y soltó más barbaridades que palabras, dejando á la pobre señora toda afligida.

En resumen, que allí le es imposible saber á los *paganos* cuándo salen las almas de su intención del Purgatorio, y acaso acabarán por creer que nunca, como este servidor de ustedes.

¿Quieren ustedes algo para el Niño Jesús? Ahora lo tengo á mano, es decir, en Las Palmas.

Como los tiempos han cambiado tanto, se ha presentado como persona elegante, y ha repartido unas tarjetas que dicen así:

EL NIÑO JESÚS

Participa á usted su feliz arribo á Las Palmas, y le ofrece su casa, calle de San Nicolás, núm. 15, donde aguarda su visita.

Como estas tarjetas sólo se han enviado á señoras, dudo si este Niño es el auténtico, y me inclino á creer si será algún presbítero gordo y desarrollado que se dedique á recibir señoras.

En cuyo caso, bien podía avisarme, para que le ayudase á recibirlas y capear á los maridos cuando conviniese.

No parece más sino que el párroco de Cogul está destinado á ser blanco de todas las calumnias habidas y por haber.

¿Que una doncella tiene á bien metamorfosearse? Pues ya le están echando la culpa. ¿Que una casada *frígil* se la pega á su marido? Pues ya preguntan: ¿Dónde está el cura?

Y no aparece una criatura entre los trigos, los cañaverales ó en el fondo de una acequia, sin que todos se fijen en el rostro de la sirviente del párroco, que, naturalmente, está más ó menos pálido, según los cambios atmosféricos. En fin, que no hay manera de contener sus lenguas viperinas.

¡Pobre presbítero! A no ser por la esperanza de gozar un día de las delicias ecélicas, sería cosa de pegarse un tiro.

Afortunadamente, él es muy filósofo; se encoge de hombros, y probablemente dirá para su boina: «Dadme pan y decidme clérigo».

Ha llegado á mis manos una especie de cartel ó anuncio místico encabezado con una figura que representa el corazón de Jesús inflamado en llamas, cercado de espinas y derramando gotas de sangre. Dice así:

«Señor, sálvanos, que perecemos.

La Liga Expiatoria, compuesta de jóvenes católicos, que se halla organizada en toda España, y cuyo fin es pedir al Dios de los Ejércitos su reinado social en España con el triunfo de la Monarquía católica, y en Italia con el Pontífice Rey, celebrará el sábado comunión colectiva en la capilla del Santísimo Cristo de la catedral (Burgos), á las siete menos cuarto, é invita á los jóvenes católicos con el mismo fin.

A. M. D. G.»

Esto es, *ad majorem Dei gloriam*, ó para mayor gloria de Dios.

Continuad ¡oh amados jóvenes! orando y limpiando el fusil, tomando el pan de los fuertes y preparándoos para hacerlos como unas hostias, todo para mayor gloria de Dios.

Del Dios de los ejércitos carlistas.

¿Pero qué envidia le tienen á *Cara Ancha* en Ríotinto! Para mortificarle le han levantado ahora una calumnia. ¿Cuándo no es Pascua!

Dicen que preguntó á una joven:—¿No ha matado usted nunca á nadie?

—¡Nunca!—respondió la muchacha asombrada.

—¡Pues bien, sus hermosos ojos me están ahora matando!

Aun admitiendo que fuese cierto, que no lo es, porque la frase es antigua, habría que admirar, en vez de censurarlo, este pase de muleta místico con que el amigo *Cara* quiso empapar á la res.

Aseguran que ella se dió á la huída, sin comprender que ésta es la prueba mejor de que la noticia no es verdadera.

¿Cualquier día se le escapa á un *barbián* así, si él la cita á los medios, la empapa en el trapo y se dispone á consumir la suerte suprema!

Un maestro católico de la provincia de Guipúzcoa pone á sus *alumnos* como modelo para la escritura los siguientes piadosos párrafos:

«El mal se agrava de día en día: el liberalismo ha caído sobre nuestra querida España, sobre esta tierra privilegiada de mártires y de héroes, como una plaga de langosta.

«El liberalismo ha devorado, á su advenimiento, los frutos existentes, que eran cuantiosos, y dejado en ruinas los que están por venir».

¡Ah, benemérito profesor, yo te saludo! ¡De tus aulas no saldrán Iturzaetas ni Torios, pero sí los más furibundos carlistas que pudo soñar pensamiento monjil!

Así me gusta: ser ó no ser. Por otra parte, tú dirás, y con razón: si á los maestros liberales los matan de hambre, no me tiene cuenta ser de la *sistema*.

Un párroco de Ronda reunió el cabildo de una hermandad para que celebrase sesión bajo su presidencia.

Después de un largo exordio, preguntó á los congregantes que á cómo pensaban pagarle las misas que los estatutos mandan celebrar, y los tacaños cofrades le respondieron que á peseta.

Protestó el desinteresado señor, diciendo que, con arreglo á no sé qué orden sinodal del obispo, no podía celebrarlas á menos de seis reales.

Asintieron á la tasa, aunque á regañadientes, y, en justo castigo á su regateo, el digno sacerdote les exigió cincuenta y seis reales por *derechos* de su presidencia en aquel acto.

Bien hecho. Eso y más merecen unos católicos que no quieren pagar por una misa más que por una carrera de un coche de punto ó el viaje de un mozo de cordel.

Hay en Balaguer un fabricante de gorras, muy inteligente en su oficio, pero espiritista.

Dos de las obreras que tiene en su casa fueron á la iglesia, confesaron y se acercaron á comulgar.

En cuanto las vió el cura, preguntó airado á los comulgantes si aquellas chicas trabajaban en el taller del espiritista, y como no le respondieran, se dirigió á ellas directamente, advirtiéndoles que si era cierto, no les daría la Sagrada Forma. Sin embargo, se la dió al fin como por un favor especial. (¡Seducen tanto la juventud y la belleza!)

Debilidad que no debió tener, porque si las chicas, en su afán de comulgar, abandonan el taller y se quedan sin pan, hubieran tal vez acudido al cura, y entonces era la ocasión de haberlas consolado místicamente.

¿A que al leer estos renglones le pesa al cura no haber obrado así?

Hace días estuvieron en Valparaíso de Arriba (Cuenca) dos misioneros del convento de Uclés.

A uno de ellos le dió por besar á todos los individuos del sexo feo que se ponían á su alcance, llegando hasta el punto de ver á varios jóvenes jugando á los bolos, salir disparado hacia ellos, quitarles las bolas y á beso limpio llevarlos á la iglesia.

Ignoro si esto es amor al prójimo ó simple afición á... besar; pero ello es que ha dado lugar á muchos y no buenos comentarios.

Entre ellos, el de que si esas cariñosas prácticas serán corrientes en el convento, y que, á falta de un compañero de claustro, desahogue su temperamento bondadoso con el primer labriego que se presente.

Por intercesión de la Virgen de Lourdes se ha curado una educanda de las monjas de San José de Bastia. En la carta que la superiora dirige al *Diario de Lourdes* se halla el siguiente párrafo:

«Desde el principio del mal, que se anunció como muy grave, la comunidad comenzó una novena á la Virgen inmaculada, con promesa de que, si la niña cobraba la salud, sus parientes harían una donación para la construcción de la iglesia del Rosario».

No lo pueden remediar las pobrecitas monjas. Aun tratando con los santos, son codiciosas como ellas solas. Bien dijo Tirso de Molina, que, como fraile, las conocía á fondo: «La ambición se metió monja».

Pasaba el Viático por una calle de Valdepeñas de Jaén; un ciudadano pacífico estaba dentro de una casa; *guipólo* el sochantre Jordán (a) *Comino*, y lo calificó de impolítico é indecente.

Pero como el aludido no tiene pelos en la lengua, y estaba además en su derecho, contestóle donosamente que no le parecía bien descubrirse ante un polichinela como él, y aquí concluyó el sainete.

Sospecho que si ese *Comino*, que vale todavía menos que su mote, sigue cometiendo imprudencias de esa clase, va á encontrarse el mejor día (el peor para él) con algo que rascar.

Lo cual que no me producirá el menor disgusto.

Un vecino de las Palmas ha dirigido al obispo un memorial diciendo que según San Mateo, San Marcos y San Lucas, no fué Nuestro Señor quien cargó con la cruz, sino Simón de Cirene; y que por lo tanto, no está bien que en las procesiones cargue con el leño santo el que representa al Redentor; concluyendo por pedir que le soltaran la carga al cirineo, como más ajustado á los textos bíblicos.

Para justificar su pretensión exhuma los siguientes textos:

Simonem angaricerunt tolleret crucem ejus (SAN MATEO Y SAN MARCOS); *et imposuerunt illi* (SIMÓN) *crucem portarem post Jesum* (SAN LUCAS).

¿En lo que se entretienen algunas gentes! ¿Qué le importará á ese ciudadano que cargue uno ú otro con la cruz? Bien dicen, que cuidados ajenos...

Un vendedor ambulante pasó por Besalú con una caja de objetos de escritorio y dos Nuevos Testamentos sin notas.

Una señora le pidió uno de estos libros, é indignada, empezó á increparle y á llamarle hereje, impío, etc.

Para darle una pequeña muestra de las llamas del Infierno, encendió una cerilla y se dispuso á quemarle las mercancías; salió el vendedor huyendo de la quema y salvando su caja; mas la fervorosa católica caminó tras él, y ayudada por otra veci-

na le arrebató la caja, esparciendo por el suelo todos sus géneros, sin pagarle un céntimo.

El juez, á quien, según dicen, acudió el perjudicado reclamándole justicia, le contestó que los libros eran prohibidos y que no podía prestarle apoyo. O lo que es lo mismo, imitó al alcalde del cuento. —¿Eres forastero? Pues bien apaleado estás.

Falleció un niño de cuatro años en Lisboa, y su padre, pobre trabajador, acudió al párroco para que le hiciese el entierro gratuitamente.

Negóse á ello, diciendo que no trabajaba de balde, y como el padre le advirtiese que alguien dictaría las disposiciones oportunas, pues el cadáver no podía estar en casa por más tiempo, le respondió con rabia mal contenida: —¿Guísele usted con patatas!

Pongo esta noticia para que nuestros curas no se envanezcan creyendo que son solos para estas cosas.

El señor cura de San Juan y Martínez (Pinar del Río, Cuba) se negó á dar sepultura á una morena; mas luego accedió á ello, si bien prohibió á los acompañantes entrar en el cementerio.

Uno de ellos se atrevió á formular vergonzantemente una sospecha horrible.

—¿Sabes—preguntó á un compañero—si la difunta lleva algo que pueda valer dinero?

¡A qué tiempos hemos llegado! ¡Hasta del desinterés de los sacerdotes se duda!

El cura de Puenteareas está preparando un sorteo cuyo premio será una pieza de lienzo: cada papeleta cuesta veinte céntimos, como puede atestiguarlo la número 39.850 que obra en mi poder.

A juzgar por el número que tengo, la emisión de billetes debe ser morrocotuda; y como el gran producto de la rifa permite hacerla sin trampa, propongo que haga la extracción del premio una persona inocente. Por ejemplo, el ama del cura.

Un jesuita ha definido en Oviedo, y desde el púlpito, la verdad en las siguientes palabras:

La verdad, dijo, es lo que es, y por lo tanto, como es tiene que ser, y que por ser lo es, y porque es lo es.

¿De veras, Padre? ¿Qué atrocidad! ¿Y qué descubrimiento!

¡Lástima de talento tan mal aprovechado! ¡Con menos méritos ocupan muchos un sitio en la Academia... de Babia!

Ahorcóse un hombre en Villarrubia de Santiago, y el cura se negó á darle sepultura canónica; mas luego lo hizo, si bien en el sitio más oscuro y apartado del cementerio.

¿Que cómo y por quién varió de opinión? Lo ignoro. Sólo sé decir que algunos curas arreglan estos milagros por mediación de San Dinero ó Santa Falda.

NOTICIAS BIBLIOGRÁFICAS

Declaración de un vencido, novela social, por Alejandro Sawa.

Con el brillante estilo que le es peculiar, describe el autor la vida, las ilusiones, las contradicciones y los desencantos de un joven de talento que llega á Madrid ávido de gloria y de posición, y que se gasta en las duras y terribles luchas de la realidad.

Tiene la obra situaciones de primer orden, descripciones hermosas, sátiras punzantes y acerbos críticas que la hacen digna de ser leída.

Véndese en las principales librerías y en esta Administración, al precio de tres pesetas.

El Señor Ministro, por Jules Claretie.

Hermosa colección de cuadros tomados del natural, pintando la vida pública y privada de los políticos. Tales puntos hay de semejanza entre el pueblo vecino y el nuestro, que bien pudiera decirse con relación á nuestras costumbres políticas, al engranaje administrativo, á la vida del periodismo y á todo lo que constituye el fondo del notable estudio de Claretie, todo lo que él dice con relación á Francia.

Esta circunstancia hace doblemente interesante entre nosotros la novela que nos ocupa, la cual por sí sola tiene méritos sobrados, de observación y de análisis, para alcanzar el favor del público.

Esta obra se halla de venta en *El Cosmos Editorial*, Arco de Santa María, 4, bajo, Madrid, y en las principales librerías de España, al precio de cinco pesetas en rústica y seis en tela con una bonita plancha.

¿Señorita ó señora? — *Un drama de la vida privada*, de Wilkie Collins.

¿Señorita ó señora? es el interesante relato de los amores de dos almas juveniles, en lucha con el carácter débil y codicioso de un padre y los cálculos interesados de un malvado. El matrimonio secreto de los jóvenes, ayudados por una excelente amiga, y el sangriento dra-

ma con que la narración termina, son dos cuadros de poderoso relieve, dignos de la fama de su autor.

No menos interesante es *Un drama de la vida privada*, en que Collins nos describe el martirio de una pobre mujer, ofendida por infundadas sospechas y víctima de las brutales pasiones de un marido, que llega hasta la bigamia.

Completa el tomo *El Misterio de Fernwood*, cuadro fantástico lleno de interés.

Esta obra se halla también de venta en *El Cosmos Editorial* y en las principales librerías de España, al precio de 2,50 pesetas en rústica y tres en tela con una bonita plancha.

La *Biblioteca X* acaba de publicar su tomo 2.º, titulado *Puntos suspensivos*.

Es una colección de versos de José Borrás, y se vende á setenta y cinco céntimos de peseta en la Administración, calle del Barco, 31, tercero derecha.

Catecismo de Moral natural universal, por Huelves Temprado.—Madrid, imprenta de M. P. Montoya, San Cipriano, 1.

Precio, una peseta.

OBRA NUEVA

BIBLIOTECA DE EL MOTÍN

MORAL JESUÍTICA

ó sea

CONTROVERSIAS DEL SANTO SACRAMENTO DEL MATRIMONIO

SU AUTOR

TOMÁS SÁNCHEZ (EL CORDOBÉS)

De la Sociedad de Jesús

Traducción del latín.

El día 3 se puso á la venta en las principales librerías esta obra, que, como presentíamos, ha llamado poderosamente la atención.

Precio, cinco pesetas.

Los suscritores á *EL MOTÍN* la recibirán con el 25 por 100 de rebaja.

LIBROS DE LA BIBLIOTECA

DE EL MOTÍN

EL JUDÍO ERRANTE

celebre obra de Eugenio Suá. Tres gruesos tomos.—Nueve pesetas.

LO QUE NO DEBE DECIRSE

(Quinta edición), por José Nakens.—Precio: dos pesetas.

LA RELIGIÓN AL ALCANCE DE TODOS

por D. R. H. de Ibarreta.—Décima edición.—Precio: dos pesetas.

LA PIQUETA

por José Nakens.—Tercera edición.—Precio: una peseta.

DIOS ANTE EL SENTIDO COMÚN

por el cura Meslier.—Precio: dos pesetas.

ESPEJO MORAL DE CLÉRIGOS

para que los malos se espanten y los buenos perseveren, ó sea recopilación extraordinariamente ampliada y corregida de los celebrados y odoríferos *Manojos de flores místicas* publicados por *EL MOTÍN*.—Cuatro partes á peseta cada una.

REGOCIJO DE CREYENTES

Y BALUARTE CONTRA MELANCOLIAS. Precio: una peseta.—Obra festiva con trece buenos cromos.

COMENTARIOS Á LA BIBLIA

(El Ciudadano), escrito en francés por Pigault-Lebrun.—Versión castellana con un prólogo y la biografía del autor por A. G. M.—Obra interesantísima.—Precio: una peseta.

ACICATE DE LA ALEGRÍA

Colección de cuentos, epigramas y frases ingeniosas; todo escogido.—Una peseta.

LA REPÚBLICA

Lámina en diez colores al cromo.

Mide la cartulina 77 centímetros de largo por 55 de ancho, y es propia para colocarla en un cuadro en los casinos y comités.

Los libreros y corresponsales pueden adquirirla con el 25 por 100 de descuento, y con el 50 los señores que se suscriban por un año á *EL MOTÍN*.

Se vende en la Administración al precio de TRES PESETAS.

ANUNCIO

Un amigo nuestro está coleccionando un libro, que publicará la Biblioteca de *EL MOTÍN*, para demostrar que el verdadero sentido religioso del pueblo español no es el que los ultramontanos dicen.

Agradeceríamos mucho á nuestros lectores que nos enviasen copia de los modismos, refranes, adivinanzas, tradiciones, leyendas, supersticiones, fiestas, romances (todo popular), relativos al Patrono del pueblo respectivo y al día en que se celebra.

MADRID

IMPRENTA POPULAR, Á CARGO DE TOMÁS REY

4 — Plaza del Dos de Mayo — 4